

crito en los últimos años en América; merece figurar en todas las futuras antologías:

Aquí estamos, con la oreja apegada a la tierra,
oyendo como tiemblas.

Aquí con las venas hinchadas,
el aliento alargado, fino y tenso,
el pulso estremecido.

Aquí sintiendo volar sus catedrales,
estremecerse el hondo cimiento de tu carne,
tu alma y tus montañas.

Aquí. Escuchando el rumor de tu muerte,
el morir generoso, la palabra y el alma,

España nuestra . . . , etc.

Tal la poesía de este ecuatoriano de cuya obra el *Índice de la poesía ecuatoriana*—recientemente editado por *Ercilla*—dice lo que Marinello escribió para Ballagas: «Quiere embridar el grito insurrecto con el temblor de la garganta gozosa . . . ». Fundó la revista *Hon'andar* y colabora en *Bloque*, *Elan*, *Repertorio americano*, *La tierra*, *El telégrafo*, etc. Reside actualmente en Loja (Ecuador).—JUAN MARÍN.

<https://doi.org/10.29393/At162-308GKCG10308>

CUENTOS PARA GENTE SIMPÁTICA, por *Carlos Vattier*.—Editorial Nascimento, Santiago.

Muchas cosas antipáticas podrán algunos críticos decir de estos «Cuentos para gente simpática», incluso la de que no son cuentos; pero nadie podrá negarles desde luego la gracia chispeante y el genuino sabor humorístico con que se hacen gustar hasta el último renglón. Así como un espirituoso vino de sobremesa tras la pesadez de opíparas lecturas, o bien, precisamente, como un incitante guiso a la francesa, condimentado con abun-

dancia de salsas y picardías y exento casi de substancias firmes que entorpezcan la digestión.

Así los quiso el autor y así habremos de gustarlos. Por lo demás, el guiso pedía esas salsas, y Vattier ha hecho aquí entre nosotros algo de lo más sabroso en el género. Una lista de cosas variadísimas, inconsistentes y apetitosas, pero en las que encontramos siempre un mismo tono de buen gusto. Hasta a lo más serio y suculento que hay en el libro, tal esa breve «Tragedia de los enanos gigantes», le ha dado el autor (quizás a su pesar) un indefinible sabor un tanto frívolo y sin consecuencias. No es que a estos dos bellos cuadros o retablos se les desajuste alguna pieza o se les empañe el colorido, o les falte el hálito dramático necesario, no; al contrario, tiene esa pequeña tragedia un vivo ambiente de evocación, justeza de movimiento y de expresión y más, un feliz barniz de poesía; pero le falta... le falta... ¿qué es lo que le falta?... quizás sinceridad, quizás seriedad o emoción, quizás tragedia propiamente tal.

El tono y la tónica de este libro están muy a tono con el motivo ligero de los diversos cuentos y apuntes que lo integran, a excepción de la «Tragedia de los enanos gigantes», en la que el autor, sonriendo tras la máscara trágica, se calzó por un momento el coturno prosopopéyico. En los demás—es decir, en casi todos—, una gracia elegante y algo descocada nos ahuyenta la estética seriedad de nuestra lectura. Mas, tras esa gracia ligera, hay un «humour» que no es ligero, un «humour» que humorísticamente podríamos decir que es muy serio. Como el de ese cuento, «Llover sobre mojado», en el que una dama, «que tanto puede ser una señora como una cocota, pero que es simplemente una mujer», sale muy repantigada y perfumada en su lujoso automóvil a hacer la caridad por los barrios pobres, y en el trayecto cae en manos de unos asaltantes desharrapados y comunistas, los que, ante la impotencia del chofer, que quiere defenderla, la befan, la injurian y, por último, se la rifan entre ellos. La dama, o más bien, la mujer, que, entre paréntesis, resulta ser casada,

al volver de su inevitable desmayo y ver que su oloroso cuerpo le ha tocado en suerte a su propio chofer, a quien los otros han incluido generosa y despreciativamente en el juego, protesta, y pide, «con la clara ingenuidad del agua», que se haga la rifa de nuevo, por falta de novedad para ella, del resultado...

Y así los otros cuentos, en los que el «esprit» francés, trasejado a la socarrona arcilla criolla, no es muy espiritual que digamos, magüer sea espiritoso. A esta gracia rezumante, de conjunto, hay que agregar la particular gracia de expresión, que a veces se hace gráfica. «Sus habitantes, que huían en fiacre hacia el Oriente, tenían el corazón capitoné y una mirada dulce de lámpara a gas». («Agenda 1900», pág. 17). Hasta los galicismos y extranjerismos léxicos, que Vattier usa con profusión, tienen aquí una levedad discreta y oportuna, y no chocan ni afean el estilo. Ante tan felices características, no caben casi reparos a estos simpáticos cuentos.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



ANTOLOGÍA DEL VERDADERO CUENTO EN CHILE, por *Miguel Serrano*

Hay en este libro una explosión juvenil que reviste ciertos caracteres de gravedad. Los excesos de la juventud rara vez son graves si el mal viene de ellos mismos. No así cuando los «mayores» contribuyen con su parte. Es el caso de esta obra.

Un joven escritor, Miguel Serrano, publica (esto es, hace público) un volumen de cuentos que él titula «verdaderos», por oposición a otros que no revisten este carácter. Para esto, busca un grupo de escritores jóvenes que cumplen con sus requisitos y los reúne en una Antología. Primero crea la teoría y después encuentra los ejemplos listos, como si hubieran sido hechos para confirmarla. En un prólogo hermoso y misterioso,